

EL FINAL

Ahora vivo en la más absoluta oscuridad, pero nací siendo libre, bueno no tan libre, mis raíces estaban sujetas en la tierra (y cosas de la vida, he acabado en ella), avanzaban a través de ella en busca del agua que me daba el sustento para crecer hacia la luz, hacia el sol. Mis hojas se enredaban con las de mis hermanos y jugaban al viento.

Eran verdes en primavera y su color cambiaba con la llegada del frío, la lluvia, la llegada del otoño, convirtiéndolas en marrones o amarillas, hasta que caían formando una alfombra que servía de manta para mis pies en los crudos inviernos.

Era feliz. Por mi tronco correteaban pequeños animalillos, hormigas, ardillas, hasta un atrevido pájaro carpintero me martilleaba día tras día hasta que consiguió abrir una herida, valió la pena, así podía escuchar su canto todas las mañanas, y por la noche me acompañaba un búho de grandes ojos que brillaban con la luz de la luna.

Pero esta felicidad se truncó cuando las ruidosas motosierras cortaron mi cuerpo, dejándome separado para siempre de mis raíces. Caí atronadoramente al suelo, donde me despojaron de mis ramas, me dejaron literalmente desnudo. Un gran monstruo de metal con ruedas me transportó hasta la serrería más próxima, allí me abrieron en canal y de mis venas salió a borbotones la poca savia que me quedaba. Me transformaron en láminas y me dejaron secar, para finalmente convertirme en una caja la cual embadurnaron con un líquido pegajoso de olor muy fuerte, que me hizo brillar como nunca antes.

Y ahora estoy, como he dicho al principio de este relato, otra vez en la tierra, haciendo compañía a un cuerpo inerte como yo, a un cuerpo que al igual que yo se ha quedado sin vida.

Desde este pequeño y oscuro agujero no puedo ver nada, todo es negro, lúgubre, silencioso y lo único que puedo hacer es pensar y pensar, una sola idea me carcome, me da vueltas.

Es curioso cómo los humanos lloraban la pérdida de este ser que me acompaña, los veo afligidos, tristes, de sus ojos hinchados no dejan de salir lágrimas y repiten una y otra vez que no es justa su partida, todavía era joven, ¿y yo qué?

¿Por qué me sesgaron la vida, MI VIDA?, al lado de los míos. No les importó, para ellos nosotros no somos nada, tan solo materia que sirve para fabricar sus objetos, para darles servicio y utilidad.

También recuerdo cómo mis hermanas, las flores, estaban por todas partes, alrededor de mí, adornándome y acompañándome con su dulce aroma, ese que duraría poco, porque también a ellas les han robado la vida.